

La obra inicial de Vargas Llosa

No hay un momento exacto en que un joven se transforma en escritor; el paso de uno a otro es progresivo aunque asimismo minucioso. Pero sí hay una época más o menos clara dentro de la cual podemos decir que se produjo la gran transformación.

En el caso de Mario Vargas Llosa ese cambio sucedió entre 1953 y 1957, no sólo según él mismo lo confiesa, sino según recordamos quienes lo antecedimos en la pasión por la literatura, en un medio tan reactivo a las manifestaciones artísticas, pero en cierto modo tan fértil, como el peruano —así son los contrasentidos—, allá por la época de los dos golpes de estado del general Manuel A. Odría.

Los libros sólo nos hablan de uno, el de 1948, cuando Vargas Llosa tenía doce años, y tras de vivir en Cochabamba (1937-1945) y en Piura (1946), estudiaba ya en el colegio limeño de La Salle. El primer golpe de Odría fue un zarpazo a la fugaz legalidad democrática y un corte brutal de cirujano que eliminó la pugna entre el Presidente Bustamante y Rivero (elegido por el Apra, pero deseoso de actuar con independencia y aún de forjar un nuevo partido desde el poder) y el Apra misma, ganosa de recordarle al Presidente su dependencia al partido mayoritario del país. Luego de varias fintas y roces entre ellos, vino la insurrección abortada del 3 de octubre de 1948, utilizada espléndidamente como pretexto por la derecha, para incitar al Ejército a alzarse de veras, el 27 del mismo mes y año.

El segundo golpe ocurrió en 1950, cuando Vargas Llosa, todavía sin la edad requerida, fracasó en su intento de ingresar en la Escuela Naval, institución que justamente participó en debelar la asonada aprista. Entonces Odría «baja al llano», esto es, deja que su amigo el general Noriega le cuide el sillón presidencial y presenta su candidatura en unas elecciones amañadas en que el Gobierno persigue y encarcela al candidato rival.

Así, desde muy joven, Vargas Llosa presencié el circo de nuestra inmadura vida política, detrás de cuya bufonería había una tragedia de presos, exiliados y muertos, mientras él leía vorazmente lo que cayera en sus manos, y mientras escribía sus primeros cuentos, género por donde entró en la novela, y por donde han entrado también en ella, la mayoría de novelistas peruanos. En un valioso e informativo artículo de *ABC*, él mismo nos ha contado sus pasos literarios iniciales:

Los seis cuentos de *Los jefes* son un puñado de sobrevivientes de los muchos que escribí y rompí cuando era estudiante, en Lima, entre 1953 y 1957. No valen gran cosa, pero les tengo cariño porque me recuerdan esos años difíciles en los que, pese a que la literatura era lo que más me importaba en el mundo, no me pasaba por la cabeza que algún día sería, de veras, escritor. Me había casado muy joven y mi vida estaba asfixiada de trabajos alimenticios, además de las clases universitarias. Pero, más que los cuentos que escribí a salto de mata, lo que guardo en la memoria de esos años son los autores que descubrí, los libros queridos que leí con esa voracidad con que uno se envicia de literatura a los dieciocho años. ¿Cómo me las arreglaba para

leer con los trabajos que tenía? Haciéndolos a medias o muy mal. Leía en los ómnibus y en las aulas, en las oficinas y en la calle, en medio del ruido y de la gente, parado o caminando, con tal de que hubiera un mínimo de luz. Mi capacidad de concentración era tal que nada ni nadie podía distraerme de un libro (he perdido esa aptitud). Recuerdo algunas hazañas: *Los hermanos Karamazov* leído en un domingo; la noche en blanco con la versión francesa de los *Trópicos*, de Henry Miller, que un amigo me prestó por unas horas; el deslumbramiento con las primeras novelas de Faulkner que cayeron en mis manos —*Las palmeras salvajes*, *Mientras yo agonizo*, *Luz de agosto*—, que leí y releí con papel y lápiz, como libros de texto.

Esas lecturas impregnan mi primer libro. Para mí es fácil reconocerlas ahora, pero no lo era cuando escribía los cuentos.¹

En estos apretados recuerdos se condensan cinco años de aprendizaje; los frutos sólo se verán desde 1956, cuando publique su primer cuento («El abuelo»). Frente a ese humilde comienzo no podemos olvidar quién es ahora, alguien más que un escritor polifacético, un hombre público, un periodista deseoso de formar opinión entre sus lectores, un político de cierta tendencia, muy amante de los medios de comunicación. A la vez, lo hemos visto también como corresponsal invitado a observar las elecciones de El Salvador o la realidad política de Nicaragua; y sabemos, por otra parte, que es un crítico con ideas propias y con ensayos literarios sugerentes y anticonvencionales, y en fin, que es un autor teatral incipiente, pero que ya consiguió llamar la atención del público internacional.

Parece existir un abismo entre aquellos comienzos y el presente. ¿Cómo se produjo este fenómeno en las letras peruanas, donde, si uno mira bien, cada ciertas décadas o a más largos plazos, surge un escritor de talla universal, el Inca Garcilaso de la Vega, las dos Poetisas Anónimas, El Lunarejo, Ricardo Palma, Manuel González Prada, Abraham Valdelomar, César Vallejo, Ciro Alegría, Martín Adán o José María Arguedas?

Su vertiginosa carrera ha provocado entusiasmos notables. Para José María Valverde, miembro del jurado que premió *La ciudad y los perros*, ésta «es la mejor novela de lengua española desde *Don Segundo Sombra*».² Algunos críticos peruanos han añadido en diversos tonos que Vargas Llosa nació a las letras de su país como en un desierto, en un yermo donde sería una planta solitaria, sin nada (o nadie) importante en torno. Otro de la misma nacionalidad, más entusiasta aún, dijo que sus novelas, por la modernidad y los experimentos estilísticos que traducían, habían lanzado al siglo XIX a todas las demás novelas peruanas.³

Entre 1953 y 1957, la narrativa del Perú ofrecía un panorama heterogéneo de figuras que iban en ascenso y otras que o bien parecían haber callado para siempre, o bien sólo de modo temporal, mientras capeaban malos vientos. Fechas importantes en política y literatura, como 1945 y 1948, enmarcan a unas y otras. En la hora democrática de 1945, con la vuelta de exiliados, rescate de la cultura y entrada al país de libros y corrientes prohibidos por la dictadura, se iluminaron de pronto los nombres de Enrique López Albújar, José Díez Canseco y Arturo D. Fernández: el primero discreto, irre-

¹ «Autocrítica», por M.V.L.L., en ABC, 1 de abril de 1979.

² «Un juicio del Dr. José M. Valverde» (a modo de prólogo), en *La ciudad y los perros*, por M.V.L.L. (Barcelona. Seix Barral, 1963).

³ «Con una breve vuelta a los años 50», s/a. en *Variedades*, suplemento de *La Crónica* (Lima, 9 de marzo de 1975).

gular, defensor de oprimidos, de indios y negros a la vez; el segundo diestro en elegir temas simbólicos de una sociedad mestiza, «criolla», en pulir las vulgaridades del costumbrismo, y aún en desnudar las veleidades y vicios de la burguesía limeña, tanto que sería bueno cotejar a fondo *El Duque* con *Un mundo para Julius*; y el tercero, Hernández, de menor vuelo intelectual, pero amigo de escenarios exóticos y de contar menudas aventuras, virtudes plausibles en algunos novelistas. La figura central en ascenso era Ciro Alegría, quien cuatro años antes, en 1941, había ganado un concurso internacional con *El mundo es ancho y ajeno* y había pasado por El Callao rumbo a Nueva York, sin que la dictadura le permitiera descender en el puerto. Junto a él, había un escritor enigmático aún, que luego de dos libros iniciales y prometedores, tardaba en darnos una obra notable: José María Arguedas. Cuando llegó la fecha histórica de 1948, casi no se vislumbraba el cambio de este panorama, pero ya el silencio de Alegría y Arguedas empezaba a preocupar, y por otro lado, un año después, en 1949, moría Díez Canseco, dejando una obra inconclusa.

Así empieza la década de los cincuenta. Para todo aprendiz de escritor, sean cuales fuesen sus lecturas foráneas, había narradores peruanos que no debían soslayarse: Valdelomar, Alegría, Arguedas y Díez Canseco. Cuando en 1948 se publicó el primer cuento de la nueva generación («Una figurilla») y yo me mudé con armas y bagajes de la Facultad de Medicina a la de Letras, de San Marcos, Vargas Llosa no podía aparecer aún en sus arbolados y conventuales patios. Era un muchacho de doce años. En las escasas fotografías del patio de Derecho, en torno a la pila, de los narradores sólo estamos Eleodoro Vargas Vicuña, Julio Ramón Ribeyro, Enrique Congrains Martín, yo, y quizá Carlos Thorne y Luis León Herrera. En las calles del centro, en el Crem Rica o el bar Zela, hallaríamos al mayor de todos nosotros, alguien ya con fama pública, a Sebastián Salazar Bondy; y por Miraflores, cuando íbamos a la casona de Insula, con ganas de derrocar a su directiva y de volverla más despierta, nos dábamos con Luis Loayza. Pronto, en 1952, sucedió el primer viaje a Europa de los miembros de esta generación; desde entonces, de algún modo Ribeyro se quedó allá para siempre, volviendo esporádicamente al país, para retornar luego a París. Sebastián Salazar había empezado a peregrinar por América Latina desde antes de 1950, mientras se convertía en el intelectual más enterado en literatura latinoamericana. Las lecturas públicas y tertulias literarias se sucedían en San Marcos, en la Asociación Nacional de Escritores y Artistas (ANEA), en una boite que todavía existe, el Negro-Negro, y en Insula de Miraflores. En algunas de ellas, Sebastián nos presentaba al auditorio y cuando acabábamos de leer, José Durand —otro buen escritor de la generación, que viajaba por libre— dictaba amenas conferencias sobre el vals criollo, con ilustraciones musicales por la orquesta «Ricardo Palma», donde tocaba el famoso negro Cañerías. Tampoco Mario asistía aún, o quizá sí, como oyente.

Entre 1953 y 1954 estuve becado en Estados Unidos y sólo a mi vuelta lo conocí, cuando ya era un juvenil reportero de Radio Panamericana, grabadora en mano y con un cronograma de tareas que parecía el muchacho más ocupado de Lima. Era su época de los «siete puestos» simultáneos. Coincidimos en uno de ellos, en la casa del historiador Raúl Porras Barrenechea, donde trabajábamos para el Instituto de Historia de San Marcos, si bien a horas tan distintas, como lo hacían Pablo Macera y Carlos Aranibar, que en verdad nos veíamos y charlábamos muy poco.